

## El bibliómano

Esa semana había apuntado con todo detalle las entradas de la última remesa de libros, un botín que ahora repasaba mentalmente: una encuadernación en pergamino, con cejas; otra con cubiertas originales salvadas en cartoné; dos encuadernaciones complementarias, una en holandesa y otra en rústica, y dos volúmenes en rama; una pequeña colección en media tela, con puntas; una encuadernación en tela sajona estampada y varias encuadernaciones uniformes en pergamino; otra en pasta española con ruedas doradas, cortes dorados y cierres metálicos... ¿o eran cincelados? no se acordaba en ese preciso momento, desplazados por la evocación de una preciosa encuadernación en piel marbreada, con lomera ornada, y también por aquella otra, la que más aportaría a su negocio, con restos de una interesante encuadernación de la época en becerro vuelto sobre tabla y restos de cierres. Así todo, la pieza que codiciaba no estaba entre éstas. Era una encuadernación de corte romántico que lo miraba entre candorosa e incitante desde la repisa de su mesa de trabajo. Había llegado a su librería de viejo en un lote aparte, conseguido a precio irrisorio, entre otras piezas poco memorables. Procedía de un particular que en ocasiones le suministraba libros. No solían ser joyas bibliográficas ni prometían pingües beneficios, pero, en ocasiones, le transportaban directamente al mundo de quienes habían tenido el libro entre manos, por lo que casi siempre encerraban la promesa de algún insospechado placer.

Había postergado durante toda la semana su lascivia, espoleándola con el dulce castigo de la demora. El sábado echó la media persiana y dispuso la operación, marcada por la reglamentada exactitud de un ceremonial. El libro había reposado, como la buena cocina, y su exquisito paladar lo sabía. Como el niño que guarda el mejor bombón para el final y que se esconde para comérselo a hurtadillas porque no quiere compartirlo con nadie, había separado este ejemplar del resto. Desconectó el teléfono y encendió una lamparilla con un foco más pequeño cuya luz daba a los libros una tonalidad rosácea, como de carne. Sin diferir más su excitada pasión bibliófila, supo que había llegado el momento de satisfacerla examinando a gusto el entrevistado tesoro.

Inició el ludimiento manual, que no obstante también tenía su dosis intelectual, con un gesto corriente. Tomó el libro con las dos manos, meciéndolo en el aire como para medir su peso, y lo depositó con sumo cuidado en el centro de una mesa libre de estorbos. Los hierros gofrados en seco en ambos planos auspiciaban ocultas maravillas que la pieza le deparaba para deleite exclusivo. Pasó las yemas de los dedos sobre los hierros como quien busca el cierre en unos finísimos sostenes de encaje bajo los que palpitan pechos insinuantes. Pero se contuvo. Antes recorrió morosamente la lomera ornada descubriendo la insólita perfección de una espalda suave, bien torneada, estirada y flexible. Tiempo atrás había tenido en sus manos una encuadernación moderna, en media piel valenciana, de la misma obra. La vendió, y bien, por cierto, sin el dolor de desprenderse de algo querido. Pero esta encuadernación era distinta; lo supo instintivamente en el momento en que la vio por primera vez. Y ahora que la tenía en sus manos palpaba con deleite la piel, ligeramente fatigada, que exhalaba un olor especial, antiguo y balsámico.

El examen preliminar de su ritual produjo importante información. El aroma de talco perfumado le decía que el libro había ocupado un lugar favorito en el tocador de una mujer, de eso no le cabía la menor duda. Un tocador decimonónico en una recámara

amplia y de espesos cortinajes. A continuación imaginó sin dificultad —después de todo era un profesional del libro— otros ejemplares que habrían compartido el mismo espacio, que hubieran estado al alcance de las mismas manos. Basándose en los gustos del público lector femenino de la época, delimitó las posibilidades de la contigüidad a un devocionario o dos, algún libro de historia, un manual de conducta, una novela histórica, un par de novelas sentimentales, la hagiografía de una santa y una miscelánea. Le pareció fundamental saber cuáles pudieron ser los libros vecinos, pues éstos, de alguna manera, marcaban la pauta de cómo se leería el que ahora acariciaba amorosamente. La encuadernación del libro, un capullo que guardaba su secreto perfume, se le ofrecía a él solo. Él correspondería abriendo y cerrando sus pétalos con sensibilidad, ojeando —¿o debiera decir «hojeando»?—sus páginas, absorbiendo su aroma de mustio tocador. Entendió que este tesoro de la intimidad había sido muy querido. Manos albaciales lo habían tratado con mimo, amándolo tal vez, por qué no, ocultándolo de la mirada escrutadora de algún padre o marido celoso. Y ahora era suyo.

Repasó los hierros con ese ojo táctil que eran las yemas de sus dedos y deslizó éstos con pericia hasta hacer saltar el cierre. Lo hizo con discreción, como quien descorcha una botella de champaña sin aparatosidad. Una vez superado el dispositivo del cierre, sus expertas manos canalizarían todas sus impresiones y le conducirían con intrepidez al secreto del libro. Las guardas, pálidas y con el motivo clásico del abanico, ostentaban un superlibros con escudo carmelitano: fondo blanco en la parte superior y marrón la inferior, en el centro de color marrón —Monte Carmelo— la estrella plateada que representa a la Virgen María; en el fondo blanco, dos estrellas doradas que representan a los profetas Elías y Elíseo. De la corona que se encuentra en la parte superior del escudo, rematada por doce estrellas que significan las gracias que María concedió a la orden, sale un brazo que sujeta una espada cuya punta termina en una llama de fuego. Con ella dio Elías muerte a los falsos profetas de Baal en el Torrente de Gison. A la vuelta de la espada hay una inscripción que dice ZELO ZELATUS SUM PRO DOMINO DEO EXERCITUUM, “ardo en celo por el Señor Dios de los Ejércitos.” No le costó trabajo adivinar que el devoto superlibros había sido puesto allí por las mismas manos de ángel que habían fatigado la patina de la piel a fuerza de sufrimiento y de fervor religioso.

Con esta señal ya no cabía duda de cuál sería su rol en la dinámica de la lectura. La espada con la punta en llamas le decía que Elías ardía en Dios, abrasándose y consumiéndose de celo por Él. El superlibros estaba ahí como recordatorio de que su actitud no podía ser otra sino la del profeta. Él era un Elías que haría al libro rendir su verdadero significado. Como Elías, que perseguía la verdadera imagen de Dios, su presencia viva, él buscaría la verdad escondida en las páginas, su genuino sentido. Si el profeta se puso ante Dios y se dejó mirar por Él, pidiendo a Dios su luz para ver desde su lugar, él descubriría dentro de sí la distancia que nos permite mirar y ver con sentido, más allá del barniz de las tapas. La antigua dueña del libro le otorgaría a cambio un gran favor o privilegio; una de las doce estrellas del halo de la corona de la Virgen. Tal como el profeta se consumía por honrar a Nuestro Señor Dios Padre, el bibliómano se abrasaba de celo por su señora, a la que ahora se dirigía según la tradición orante carmelitana. No olvidaba que más esencial que el fuego de la espada era la humildad y la gratitud. Sí, estaba agradecido, sin saber exactamente a quién debía el honor de tener en sus manos este libro. Cada libro le colocaba ante un Dios, un ser siempre superior al él y del cual no era dueño. Por eso no se permitiría vanagloriarse de sus conocimientos. Se sintió débil y

saboreó su debilidad hasta sentir el fracaso antes de emprender el camino. Él también tomaría partido, con arranque de profeta, crecería en sensibilidad, con humildad de profeta, y ardería en celo por la verdad. Su lectura sería una lectura sincera, humilde y comprometida, atenta a los signos y señales que le presentaba el libro como si se tratase de los mandatos de Dios. Tenía que abandonarse, ponerse al descubierto ante un ser superior. El libro le regalaría su verdad cuando menos seguro estuviese de sí mismo.

Hojeó el libro tomando un mazo de hojas que abrió en abanico. Acercó la nariz como queriendo arrancarle algún profundo secreto a la mujer que lo poseyó. Vio, en una décima de segundo, la sorpresa, el haba en el roscón de Reyes. Buscando ahora con morosa intención, descubrió en las espesuras de las hojas el ramillete de florecillas silvestres que había entrevisto, embalsamadas y exhumadas en el penúltimo capítulo. Eran de un violeta negruzco, como de alas de mosca. Con el cuidado de un entomólogo separó la flor plana con unas pinzas. Nada más surgió de entre sus apretadas y virginales páginas, así que pasó a examinar las hojas. La dirección de la veta del papel estaba perfectamente ideada, en función de las articulaciones entre las tapas y el lomo. Tomó las tapas del libro e hizo la prueba del lomo, doblándolo suavemente, pero sin remilgos, hasta hacer tocar las puntas unas con otras. Como era de predecir, la confección no exhaló chasquido ni suspiro alguno. El plegado y el cosido eran perfectos. La tela de encuadernación no había perdido resistencia y la tarlatana conservaba intactas sus finas gasas. Milagrosamente, entrambas habían sustraído al libro de la calamidad de los tiempos. Al volver las tapas a su posición original, la cinta marcapáginas saltó como un péndulo. La atrapó al vuelo y sobó el finísimo trenzado: hilos malva, celeste y verde juntaban sus aguas en una sola corriente, con visos diferenciados cuando contemplaba la cinta muy de cerca. Era delgada y sedosa, de finas constelaciones. Le pareció que jugaba con un rizo del pelo de la mujer.

Por fin leyó. Leyó la página indicada por la flor, omitiendo la que coincidiera con el envés de la misma. Leyó reconcentradamente sobre un fondo de susurros y gemidos que increpaban su exaltada imaginación. Después cerró el libro. No necesitaba leer más. Su corazón rebosaba. Había entendido el libro en su totalidad. Lo depuso con amor y no sin cierta fatiga. Se haría un café y dejaría la anotación de la ficha del catálogo para después. Tras los datos bibliográficos escribiría: *enc. de corte romántico, con hierros gofrados en seco en ambos planos y superlibros con escudo carmelitano, piel de la época, ligeramente fatigada, cierres cincelados; edición no venal*. La operación siempre era lenta y trabajosa, pero ya había concluido. Estaba agotado. Y satisfecho. Había leído con inteligencia y sensibilidad, contextualizando, respondiendo a las expectativas que creaba el propio libro; un complejo artefacto hecho de textos y paratextos; de signos, guiños, marcas y alusiones que había que interpretar con humildad y valentía de profeta. Después de volcar en el bello libro todos sus conocimientos y sus cinco sentidos, constató que ningún sentido se le había escapado a su temperamento de lector. El libro, agradecido, le había deparado, en perfecto y amantísimo diálogo, un intenso placer otorgándole el acceso a su recóndito secreto, el secreto de la lectura. Antes de apagar la lamparilla se percató de una mota de polvo que se había depositado en la portada, cerca del cierre. Sopló. Para sorpresa suya, la mota no se desprendió. Entonces se dio cuenta de que era un lunar. Acercó el libro a los labios y estampó en el lunar un ardiente beso.